Nº 71 29 Marzo 1947

Fuera de VALIJA

EL ULTIMO EMBAJADOR SOBRE LA TIERRA

La prensa española de mediados de enero, que ahora he podido yo ojear en México, trae la información del fantástico recibimiento que se le dispensó allí al embajador de la Argentina don José María Radio. El representante diplomático de Perón llegó a España después de que, en cumplimiento del acuerdo de las Naciones Unidas, la habían abandonado todos los demás embajadores y jefes de misión diplomática. Desde que el Dr. Radio pisó tierra española, se le tributaron homenajes y agasajos sin cuento, por parte del elemento oficial falangista, con acompañamiento del coro general de badulaques que suele participar siempre en toda esta clase de manifestaciones. La prensa le dedicó elogios y ditirambos como si hubiese llegado a España una especie de Mesías.

Se comprende que, al marcharse los otros embajadores, el gobierno de Franco haya querido dar mucho bombo a la llegada del de la Argentina, exagerando tanto la nota, que, a través de las informaciones periodísticas, podría creerse que los falangistas indígenas jamás habían visto antes a ningún otro embajador. El espectáculo ha debido de ser muy provinciano y servil. Gentes del gobierno, periodistas falangistas y coro general de papanatas parecían decirse: "Ahora que tenemos un embajador, no lo dejemos escapar. Agasajémosle como si fuera él solo treinta o cuarenta embajadores. Más vale embajador en mano, que ciento volando". Y, en consecuencia, vengan los festejos, y las manifestaciones, y los discursos de bienvenida, y los obsequios, y el desfile de fuerzas vivas, y los artículos periodísticos de bienvenida, y los banquetes, y la prosa y el verso del más puro hispanoamericanismo juego-floralesco. Hasta el poeta Pemán le dedicó en una página de huecograbado del "A B C" unos ripiosos versos titulados: "Salutación al Embajador de la Argentina", en los que por dos veces el académico vete rima "embajador" con "amor", como si no hubiera en castellano otras palabras agudas terminadas en "or", como, por ejemplo, "tambor", "sudor" y muchas más. Yo creo que los ripios de Pemán hubieran bastado para justificar que el embajador argentino, cogiendo de pronto su sombrero, se hubiese vuelto incontinenti a su país. Pero, al parecer, las órdenes de Perón debieron ser terminantes: "Vos, embajador, aguantás allí pase lo que pase, ché". Y el embajador, mirado allí como un bicho raro, ha tenido que aguantar a pie firme y sin pestañear los excesos poéticos del presidente de la "Real" Academia de la Lengua. Lengüetazo real, y adelante.

Después de los ripios pemánicos han venido los obsequios, y entre los ofrecidos al festejado embajador figura uno realmente original: el Ayuntamiento franquista de Castro Urdiales le ha regalado una copia de la partida de bautismo de su abuela, la cual nació en aquella localidad hace ciento veinte años. No creo que en la historia de la diplomacia se registre otro hecho de igual naturaleza, y supongo que es la primera vez que a un embajador le regalan la partida de bautismo de una abuela suya. Pero, por lo visto, los falangistas no saben qué hacerse con este embajador que les ha llegado cuando creían que no iban a tener más embajadores y que ya se habían acabado los embajadores para ellos. El doctor Radio es, para los falangistas, el último embajador de todos los embajadores del mundo. Después de él, ya no les queda ninguno más.

Desde que el Dr. Radio se puso a tiro de los reporteros, empezaron éstos a interrogarle —con la esperanza, sin duda, de obtener de él declaraciones sensacionales—, haciéndole al efecto las preguntas más zonzas e insulsas que sea posible imaginar: típicas preguntas salidas del caletre de currinches que han recibido orden de hinchar el perro, que, en este caso, es hinchar al embajador. Acababa de desembarcar éste en España, y hacía apenas veinte días que dejara las orillas del Plata, cuando uno de los destripacuartillas, creyendo ya al insigne viajero lleno de nostalgia, como si llevara ocho o diez años de destierro, le preguntó: "¿Siente usted el alejamiento de su Patria?" No se sabe lo que pensó en aquel momento el embajador, pero salió éste elegantemente del paso diciendo que en España se encontraba como en su propio país, y que si la madre patria, etcétera. A continuación, se asombró el doctor Padio de lo que le estaba ocurriendo en España desde que llegó con su familia: "Creo sinceramente —dijo al periodista— que no merecemos esta acogida tan maravillosa".

¡Qué sabe el señor embajador! Claro que la merece. Eso y mucho más. Se trata, en efecto, del único embajador que tiene a su alcance la España franquista, y a él le dedican, como es natural, todos los agasajos que antes habían de repartir entre todos los embajadores. De momento, este embajador argentino es, para los falangistas, el último embajador sobre la tierra. Claro es que si, por una de esas vueltas que da la política internacional, anocheciera un día en Madrid el embajador de Inglaterra y el de los Estados Unidos, no vería el doctor Radio qué poco caso le hacían entonces a él como embajador de Argentina. Pero mientras los falangistas no tengan allí a otro embajador, se cogen a éste de Perón como a un embajador ardiendo.

Lo del recibimiento no fué más que el principio. Yo supongo que después de los versos de Pemán, habrá de dedicarle ahora una charla el charlista Federico García Sanchiz, e inmediatamente, le hará un busto don Mariano Benlliure. No creo que pueda escaparse de nada de esto. Como tampoco creo que se escape de las muchas y buenas bendiciones que le soltarán los obispos y arzobispos de por allí, cuando vaya a visitar nuestras catedrales; ni de que le brinden toros los toreros cuando el embajador vaya a alguna corrida de feria. Luego, habrá que ver qué tarjeta de racionamiento especial le darán al señor embajador, para él y su familia. Nada de una de esas tarjetas de racionamiento que sólo dan derecho cada tres semanas a quince gramos de azúcar y a quince garbanzos mal contados, sino un estupendo tarjetón de lujo, verdadero racionamiento diplomático y plenipotenciario, que dará seguramente derecho a jamones enteros, a grandes latas de aceite de oliva, a docenas de pavos y besugos, a lechoncitos asados y a perdices en escabeche, a huevos fritos con chorizo y a enormes canastas de pan blanco, a todo, en fin, lo que comería de buena gana cualquier compatriota nuestro si en vez de estar en España como simple español, estuviera allí como embajador argentino. Y eso sin contar lo que le echarán a la embajada, para que lo compre de estraperlo, los generales y coroneles franquistas que se dedican en España al mercado negro.

¡Qué buena vida se va a dar, con todo eso, el doctor Padio en España! Nunca habrá habido embajador más agasajado, banqueteado, festejado, obsequiado, naellado, discurseado, poemizado y sonetizado. Jamás embajador alguno habrá quedado tan contento y maravillado de su cargo. ¡Ahí es nada, ser el último embajador que les queda a los falangistas, el único y exclusivo embajador cerca de Franco, el postrer embajador de la serie, el último embajador sobre la tierra! Yo creo que cuando al doctor Radio se le acabe el mono y vuelva a su tierra, tendrá para contar durante años y años a sus amigos, en la tertulia del casino, y, ya viejo, a sus nietos, en las sosegadas y monótonas veladas familiares:

—Estaba yo de único embajador en España, en aquellos felices tiempos, cuando un día...

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1-2-3/1260